

10. ALOCUCIÓN EN LA UNIVERSIDAD DE SAINT-JOSEPH.

Beirut 19 de marzo de 2000

GUÍA PARA LA LECTURA

I. PRESENTACIÓN

La universidad Saint Joseph, resonancias personales de Kolvenbach aparte, presenta rasgos peculiares:

Creada por la Compañía, es autónoma en su funcionamiento como institución, pero está empeñada en la conservación de su identidad originaria. Implantada en un medio político pluricomunitario y pluricultural convulso, se vive a sí misma comprometida con los avatares del país. Marcada por un complejo pluralismo interno se siente heredera del "principio que ha regido la enseñanza y la acción de los jesuitas: promocionar la eminente dignidad de la persona humana a través y más allá de sus adhesiones personales (étnicas, lingüísticas y religiosas)".

II. PARA LA REFLEXIÓN

El tema del discurso -"la orientación que la universidad está llamada a adoptar hoy en día en su triple relación con la sociedad, la cultura y el absoluto"- tiene tonalidades particulares que son extrapolables a cualquier institución, sobre todo a aquellas que comparten situaciones análogas. El discurso se desarrolla en un cuidado estilo académico y en un tono marcadamente profesoral.

II.1. UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

En una *sociedad* sometida a los efectos de la *globalización*, la *universidad* "está llamada a jugar un papel primordial", a condición de salvaguardar su *identidad*.

1. Identidad

Mediante el recurso al binomio -Universidad (sustantivo) -inspiración cristiana (adjetivo)- se define lo que la universidad jesuítica *es* [=debe ser] en categorías, por un lado, de "*excelencia académica*" entendida como "calidad total" (enseñanza, investigación, recursos) cuya medida es la "competencia y competitividad" (sustantivo); por otro de "*excelencia humana*... vista a la luz de los valores evangélicos" (adjetivo)

2. "Papel primordial"

"Pasar por la criba los criterios de competencia y competitividad". "Ninguna ciencia nos puede decir qué hacer con la ciencia". Competencia y competitividad son "un elemento motor de la creatividad" pero no inmunizan al hombre contra el riesgo de un uso autodestructor, y provocan concentración de saber, de poder y de tener, origen de la injusticia-desigualdad-insolidaridad.

Consecuencia: "es necesario un criterio que trascienda la competencia y la someta a sus principios: este criterio es del orden de la SABIDURÍA".

Procesos:

- a. superar la "razón instrumental", [el pensar técnico-científico puro, el "entendimiento" kantiano] mediante la "sabiduría", [pensar ético-humanista, iluminado y sustentado por un horizonte de fe].
- b. Socializar el saber: competencia y competitividad puras tienden a acumular en pocas manos el poder que da el saber. La universidad debe hacer posible el acceso al saber a todos, en especial a los más desfavorecidos. *Si el pobre no puede ir a la universidad, ésta debe ir al pobre...*

[En relación con el MODELO LEDESMA-KOLVENBACH, este discurso contiene una teorización académica de la necesidad de trascender la dimensión 1 [utilitas] con la 2 y 3 [iustitia/humanitas] y las tres con la 4 [fides]

II.2. UNIVERSIDAD Y CULTURA

1. Situación: *sociedad* sometida a un proceso de "mundialización de la civilización técnica" en la que, frente a una presunta "homogeneización de las culturas" se hacen presentes rabiosas reivindicaciones de identidad exacerbada que se expresan en el recrudescimiento del integrismo y en explosiones de violencia.
2. Alternativas: o guerra de culturas o diálogo de culturas o una llamada a las sociedades a reconocerse como "una civilización multicultural y multipolar".
3. Papel de la universidad: preparar a los alumnos para la convivencia (con todos sus condicionamientos), tener una presencia activa en los foros nacionales e internacionales y "ser testigo privilegiado de una convivencia intercomunitaria y de un DIÁLOGO ENTRE LAS CULTURAS".

II.3. UNIVERSIDAD Y ABSOLUTO [DIÁLOGO INTERRELIGIOSO]

1. Planteamientos:
El diálogo entre culturas tiende a prolongarse en diálogo de religiones.
El diálogo interreligioso no es confrontación de doctrinas y dogmas sino de creencias vividas y de *experiencias fundantes*.
Tiene su raíz en el movimiento natural de la razón en *busca de sentido* y se desarrolla por la exposición de las respuestas que cada religión aporta a los *interrogantes de fondo*.
2. La fe de los que no tienen fe
Situación frecuente en la universidad.
Sustituyen a Dios por otros absolutos sin conexión con un orden trascendente que sobrepasa la razón científica.
3. Papel de la universidad
El diálogo interreligioso es una de las principales orientaciones de la Compañía de Jesús.
Planteamiento de las cuestiones fundamentales que se presentan a la conciencia de todo hombre
Estrategia: "discernimiento entre figuras dialécticas que jalonan la relación de complementariedad entre la razón y fe.

[El discurso se cierra con el PERFIL IDEAL de universitario libanés y universal]

10. ALOCUCIÓN EN LA UNIVERSIDAD DE SAINT-JOSEPH.

Beirut 19 de marzo de 2000

1. De todas las universidades fundadas por los jesuitas a lo largo del mundo, la Universidad Saint-Joseph de Beirut es la más querida para mí, no sólo porque allí he sido sucesivamente estudiante y profesor, sino también porque, a mis ojos, ha tenido el inmenso privilegio de contribuir al surgimiento colectivo de una nación. En efecto, si es verdad, como afirma Juan Pablo II, que "el Líbano no es sólo un país, sino también mensaje", es preciso reconocer igualmente que la Universidad Saint-Joseph está en el corazón de este mensaje, que no ha dejado de elaborar, promover y difundir desde hace 125 años.

2. No pretendo describir aquí la historia de la Universidad Saint-Joseph. Me basta con recordar que ha conocido un desarrollo complicado, bajo todos los puntos de vista, marcado por negociaciones, a menudo difíciles, primero con el estado otomano, luego con el estado francés, finalmente con el estado libanés, a fin de salvaguardar su autonomía y de concederse las estructuras de una universidad completa. Entre medias, ha sobrevivido a las vicisitudes de dos guerras mundiales e incluso, más recientemente, a las importantes destrucciones que ha sufrido.

3. En medio de estas pruebas, la Universidad Saint-Joseph ha sabido discernir los elementos constitutivos de la identidad libanesa: una identidad compleja, repartida entre la pertenencia geopolítica y cultural al mundo árabe y la apertura a la civilización europea, aportada al Líbano por la cultura francesa. En medio de estas pruebas ha contribuido (por sus enseñanzas, sus investigaciones y su acción) a la construcción de una nación pluricomunitaria, donde todos los ciudadanos vivan juntos, iguales y diferentes, y donde las diferencias culturales se unifiquen en la producción de un estilo de vida común y singularizada. Es a este modelo de tolerancia, convivencia e intercambio al que el Papa ha denominado "un mensaje".

4. Este mensaje, que la nación libanesa ha terminado por concederse por vocación explícita en 1943, no es ajeno al principio general que ha regido la enseñanza y la acción de los jesuitas desde la fundación de la Orden: saber promocionar la eminente dignidad de la persona humana a través, y más allá, de sus adhesiones personales (étnicas, lingüísticas, religiosas). Resumiendo la acción de los jesuitas al lado de los indios guaraníes en los siglos XVII y XVIII, un historiador escribía en 1780: "No

intentaron hacer cristianos sino después de haber hecho hombres". A esta constatación de un escritor del siglo XVIII, por tanto poco sospechoso de simpatizar con la Compañía de Jesús, responde la reflexión de un sociólogo contemporáneo, definiendo en estos términos el lema de los jesuitas: para ellos, dice, "no hay nada que separe profundamente al hombre del cristiano; el segundo es la perfección del primero". ¿Puede ser de otro modo para el que cree que el Verbo ha levantado su tienda entre nosotros?

5. A esta tradición, a la vez humanística y auténticamente cristiana, inherente a la espiritualidad de la Compañía de Jesús, a este espíritu de apertura incondicional a los hombres y mujeres de todo origen y de toda comunidad en nombre de su humanidad común, a este ideal de servicio al otro en tanto que es el otro, cualesquiera que sean sus pertenencias sociales y culturales, la Universidad Saint-Joseph, actualmente autónoma en relación a la Compañía de Jesús y en tanto que institución pero no en materia de inspiración ignaciana, es a lo que ha sabido mantenerse completamente fiel. Tengo la oportunidad de expresar mi agradecimiento al primer Rector jefe y a los miembros de esta instancia suprema que es el Concilio de la Universidad, pero también al conjunto del profesorado, al personal administrativo y al personal de servicio, cuya abnegación, lo sé bien, ha sido siempre sin tacha. Pero cómo no expresar igualmente mi gratitud a los jesuitas dispuestos por diferentes instituciones (a título de profesores, investigadores, administradores o capellanes) cuya presencia quiere contribuir a la permanencia de la vocación original de la Universidad Joseph de Beirut.

6. Señoras y Señores profesores: vuestra vocación como educadores es estar al servicio del estudiante. Servir al estudiante es garantizarle una formación integral que le permita actuar con competencia y humanidad en el mundo de mañana, un mundo realmente nuevo, dominado por la globalización de los cambios económicos y tecnológicos y la mundialización de los medios de comunicación e información. Las reglas del juego social e interpersonal han cambiado radicalmente. Estas exigen de nosotros una gran capacidad de adaptación, pero también un agudo sentido crítico susceptible de discernir lo que, en la globalización, tal como se perfila, contribuye al crecimiento de la persona, y lo que, al contrario, amenaza con destruirla. Es dentro de este contexto desde donde desearía hablaros un momento de la orientación que la Universidad está llamada a adoptar hoy en día en su triple relación con la sociedad, la cultura y el absoluto.

La relación con la sociedad

7. Apenas hay una sociedad hoy en día que no experimente, en uno u otro grado, los efectos de la globalización, y que no intente orientar su rumbo en función de sus necesidades y sus aspiraciones. En este contexto, la universidad está llamada a jugar un papel primordial tanto a nivel de información como de formación. Pero no puede cumplir correctamente esta tarea a menos que, en medio de las mutaciones sociales que le rodean y afectan, sepa salvaguardar su identidad.

8. Es sin duda una obviedad decir que la identidad de la Universidad de Saint-Joseph, como la de toda institución similar, consiste, antes que nada, en ser una universidad. Pero esta aparente obviedad encubre condiciones que conviene precisar. Está claro que hoy en día una universidad no merece este nombre a menos que satisfaga las exigencias de fulgurante progreso científico y tecnológico que ha transformado radicalmente las nociones de espacio y tiempo, considerados hasta ahora como marcos a priori de todo conocimiento.

9. En consecuencia, la universidad debe actualizar constantemente sus objetivos, programas, metodologías, equipamiento y estilo de gestión, y someterlos a una evaluación periódica. Al mismo tiempo, debe discernir, dentro de la masa de conocimientos posibles, el más fecundo; dentro de las nuevas tecnologías, la más rentable; dentro de las diferentes metodologías, la más pedagógica, mirando, en conjunto, la excelencia. En el discurso contemporáneo, la excelencia se ha convertido en una palabra clave que designa, en lo relativo a las instituciones educativas en general, la calidad total de la enseñanza, la investigación y los medios de acceso. Se mide con la vara de la competencia y la competitividad.

10. Pero la identidad de la Universidad Saint-Joseph es también la de una universidad de inspiración cristiana. La Carta lo dice explícitamente: "La Universidad Saint-Joseph se compromete a obrar dentro de la perspectiva cristiana que ha sido siempre la suya desde su fundación" (art. IV). Esto significa claramente que, para la Universidad Saint-Joseph, la excelencia académica es vana si no se acompaña de la excelencia humana, vista a la luz de los valores evangélicos. En función de este imperativo, han de pasarse por la criba de la crítica los criterios de competencia y competitividad, una cuestión que se plantea incesantemente en esta era nuestra de globalización. Conviene verlos simultáneamente dentro de un doble plan de conocimiento y acción.

11. El saber se acumula, en apariencia, sin límite. Nunca ha conocido la humanidad un progreso científico y tecnológico equivalente al que se ha alcanzado en el último medio siglo. Jamás ha poseído el hombre tal poder sobre la naturaleza y la vida: poder siempre creciente para mejorar las condiciones de la existencia humana, pero también, por primera vez en la historia, poder exorbitante para destruirse a sí mismo y destruir el planeta. La competencia, por sí sola, no proporciona al hombre el medio de escapar a su destino de aprendiz de brujo, porque ninguna ciencia nos pueda decir qué hacer con la ciencia. Para conferir sentido y orientación a una existencia que ha perdido sus referencias, es necesario un criterio que trascienda la competencia y la someta a sus principios: este criterio es del orden de la sabiduría.

12. La sabiduría humana se arraiga en la razón. No la razón instrumental, que no es más que un poder determinado de la razón, al que Kant llama el entendimiento y cuyas operaciones marcan, en última instancia, un cálculo de intereses, sino la razón que consiste en el poder de elevarse por encima de todas las determinaciones particulares y juzgarlas en función del horizonte de universalidad que le es propio. A la razón o entendimiento instrumental le corresponde el libre arbitrio, cuyas elecciones son necesariamente arbitrarias; a la razón le corresponde la libertad que no acepta más que lo que es razonable, es decir, universalizable. Precisamente en ella reside para nosotros la sabiduría. Y la fe que nos revela la solicitud de Dios para todo ser y la amplitud de su proyecto de compartir su vida con todos nosotros, cumplir y elevar, ahondar e iluminar nuestra sabiduría de hombres, para guiar nuestras elecciones hacia la realización del diseño de amor de Dios sobre el universo.

13. Falta de una instancia ética fundada en la razón, y de una fuerza desde lo alto que sostenga nuestra sabiduría, vemos cómo la competencia degenera en una competitividad desmesurada, que no tiene otro fin que la sed de poder. El saber es poder, y saber más que los demás es aumentar poder sobre los demás. Esto es lo que parecen ignorar los defensores del neoliberalismo salvaje, que ven en la competitividad mundial el único medio de inaugurar, para toda la humanidad, una era de prosperidad económica sin precedentes y un acceso creciente a la vida democrática. Los resultados de los procesos, tal como se muestra ante nuestros ojos, desmienten sus palabras. Lo que está en marcha es la concentración de la riqueza en manos de una minoría reducida, la exclusión de los débiles, la diferencia cada vez mayor entre ricos y pobres, la exacerbación del individualismo y el desprecio de la

compasión. He aquí una situación que, en nombre de nuestra sabiduría y de la fe que nos inspira, no podemos dejar que perdure y se desarrolle.

14. Si no, la propia educación, que no puede sustraerse a la globalización y al mercado, corre el riesgo de conocer los mismos fenómenos que se han observado en el dominio económico: concentración de saber y de poder para beneficio de un número restringido de personas, exclusión de los débiles, agrandamiento de las diferencias. En la educación, además, insistir en que la calidad, la competencia y la eficacia (por inevitables que sean en nuestros días) puede llevar a efectos contrarios a los buscados. Y de hecho, se ve ahondarse día a día el abismo entre los que saben y los que no. Y en este dominio, también, los perdedores son siempre los pobres. "Para los pobres, dice Juan Pablo II, se une a la penuria de bienes materiales la del saber y de los conocimientos".

15. En sí misma, la competitividad es un elemento motor de la energía creadora. Si, dentro del contexto de la globalización, engendra efectos perversos, es porque no contempla más que el acrecentamiento del poder. Ahora bien, el poder no es un fin, sino un medio. El poder (y el saber que facilita su adquisición) tiene como fin el servicio a los demás. Esto significa que la competitividad tiene por finalidad la solidaridad. No es una obligación que se imponga a la voluntad desde el exterior. Se arraiga en la conciencia humana que, por su propia naturaleza, es intersubjetiva. Es una traducción del amor de Dios a imagen de lo que somos, y que nos ha creado para que seamos en Él hermanos los unos de los otros.

16. El saber es para todos, y para todos, el poder que confiere. Nuestras instituciones educativas no tienen el derecho de ser exclusivas, no pueden contentarse con estar al servicio de un determinado segmento social. Si, a pesar de los esfuerzos reales que hacen por abrirse a todos los públicos, no son accesibles a todos por igual, es, aquí como en otras partes, por razones diversas. Los estados, en todo caso, deberían garantizar el derecho de los padres a elegir libremente la mejor educación posible para sus hijos.

17. Pero los límites impuestos a esta libertad no pueden servir de pretexto para resignarnos a excluir a los pobres de nuestro proyecto educativo. Si los pobres no pueden venir a la Universidad Saint-Joseph, que la Universidad Saint-Joseph vaya a los pobres. No ignoro que ciertas instituciones de la Universidad tienen como vocación explícita prodigar cuidados y educar a los desfavorecidos,

a los excluidos, a los pobres. No ignoro tampoco la existencia y el desarrollo de un sistema de becas y préstamos que permite a los estudiantes económicamente desfavorecidos proseguir sus estudios en la Universidad. Pero estoy especialmente sensibilizado hacia dos iniciativas adoptadas por la Universidad con ocasión del 125 aniversario de su fundación: la recogida de fondos para 125 becas estudiantiles y el patrocinio de cuatro escuelas pobres en Beirut y en las tres regiones donde están implantados los Centros universitarios. Dos iniciativas que involucran simbólicamente a toda la Universidad y atestiguan su preocupación por estar, en la medida de lo posible, abierta a todos.

18. No puedo menos de animaros a todos a hacer vuestra, de una forma concreta, esta voluntad de apertura y de cuidado específico a los pobres. Y especialmente, hacer que los estudiantes la compartan. Queremos que el ideal de justicia social esté presente en la conciencia de cada uno de ellos, de forma tal que impregne su pensamiento e inspire su acción. Así, a vosotros os corresponde ayudarles a optar por los pobres, como una suerte de criterio a la hora de tomar su decisión, de modo que pregunten siempre ante una situación importante cómo va a afectar esta decisión a los que ocupan el último escalón dentro de la sociedad. Esto forma parte de la excelencia humana y evangélica que concebimos para ellos.

La relación con la cultura

19. Atenta a las aspiraciones sociales de los individuos y de los grupos, la universidad debe prestar también oído a sus reivindicaciones culturales. A menudo éstas son, hoy en día, más vivas que las culturas particulares, y las identidades que determinan están amenazadas por la expansión de la cultura de masas que acompaña a la globalización de los cambios y la mundialización de los medios de comunicación e información. Al menos, esta uniformización de la cultura nos ha sido anunciada en el discurso intensamente difundido que preconiza la homogeneización de productos y comportamientos y la difusión de un "estilo de vida global". "Lejos está el tiempo de las diferencias regionales o nacionales, profetizaba en 1983 un ilustre defensor del mercado global (...). Las diferencias debidas a la cultura, a las normas, a las estructuras, son vestigios del pasado".

20. Pero una cosa es el discurso y otra la realidad. Lo que está en vías de mundialización es una civilización técnica que, lejos de impulsar la homogeneización de las culturas, agudiza, al contrario, sus diferencias. El escritor Vaclav Havel, Presidente de la República Checa, expresa con energía esta distinción:

21. "Han bastado algunas décadas, afirma, para que una civilización única, de esencia técnica, cubra la totalidad del planeta por primera vez tras centenares de milenios que han transcurrido desde la aparición del hombre (...). Pero la civilización global de la que hablo no representa, a pesar de su carácter omnipresente y visible, más que una simple película que recubre la superficie de la conciencia total de la humanidad (...). Esta fina película, más o menos unida (...) que cubre en la actualidad al globo no hace en el fondo más que envolver y disimular la inmensa variedad de culturas subyacentes, pueblos, mundos religiosos, tradiciones históricas y actitudes forjadas por la historia. Y a medida que se extiende el barniz unificador, lo que está por debajo, escondido, comienza a reivindicar cada vez con más claridad la palabra y el derecho a la existencia".

22. Es evidente que las prodigiosas innovaciones de la civilización técnica pueden enriquecer considerablemente nuestra vida. Pero pueden también empobrecerla, aplanarla, ponerla en peligro o destruirla. Desgraciadamente esta posibilidad es muy frecuente en nuestro mundo actual, donde se asiste a la extensión de una guerra de culturas tanto más dura cuanto que utiliza el apoyo de las más avanzadas técnicas. El recrudescimiento del integrismo de todo tipo y el hecho de que recurra a diversas formas de violencia, ¿no son, en gran medida, la expresión de una reivindicación de identidad exacerbada, reaccionaria, en los países del sur, contra el impacto nivelador de la civilización técnica y, en los países del norte, contra la desestabilización de las culturas nacionales, provocada por la inmigración de poblaciones heterogéneas y la caída de barreras entre las naciones?

23. La alternativa es clara: o la guerra de las culturas o el diálogo de las culturas. En el estado actual de las cosas, Havel, que vale la pena citar de nuevo, ve

"una llamada clara y precisa, no sólo al mundo euroamericano, sino a toda la civilización contemporánea. Una llamada a reconocerse como una civilización multicultural y multipolar, que no tiene como meta destruir la autonomía de las diferentes esferas culturales, sino, al contrario, permitirle expresar mejor su propia identidad. Lo que no es posible y ni siquiera concebible -concluye-, salvo en la medida en que todos los hombres acepten una especie de mínimo común, un código fundamental de coexistencia duradera".

24. Este código, el Líbano ha tenido el privilegio de ponerlo en práctica a nivel nacional, e incluso, de ver allí la principal justificación de su existencia. Pero, por duradera que sea, la coexistencia no es aún la convivencia. La coexistencia expresa una interacción de comunidades y culturas; supone compasión y simpatía recíprocas. A este respecto, la Universidad Sant-Joseph,

en la que la población es multicomunitaria, tiene un importante papel que jugar. Más allá del respeto a las diferencias, por el que vela escrupulosamente, le es propio promover el conocimiento y la estima mutua entre personas de diferentes comunidades, y la convicción de que la interpenetración de sus respectivas tradiciones culturales constituye, tanto para los individuos como para los grupos, un poderoso factor de enriquecimiento.

25. La promoción de la convivencia no es posible, sin embargo, más que bajo ciertas condiciones, que Juan Pablo II enuncia en su Exhortación Apostólica y que desearía recordar aquí: Es la edificación de "un sistema político y social justo, equitativo y respetuoso con las personas y todas las tendencias que componen el país"; es el desarrollo de un "reparto equitativo en el seno de la nación, para que todos puedan poner sus talentos y capacidades al servicio de sus hermanos y sentir que tienen una contribución específica que aportar a su país"; es el derecho de cada uno a jugar "su papel dentro de la vida social, política, económica, cultural y congregativa, con fidelidad a sus tradiciones espirituales y culturales, en la medida en que no se opongan al bien común". Pero, como dice el Papa: "Todo ello supone también que el país recobre su total independencia, una soberanía completa y una libertad sin ambigüedad".

26. A la espera de que se cumplan plenamente estas condiciones, el Santo Padre nos dice también cómo preparar a nuestros estudiantes:

27. "Conviene, concluye Juan Pablo II, aclararles los principios y los valores de la vida personal y social. Así se convertirán por entero en compañeros, preocupados por buscar incansablemente el diálogo con sus hermanos, deseosos de asumir compromisos para que sea posible la convivencia, pero sin que eso termine por hacer concesiones sobre los principios y valores", es decir, sin que eso termine por hacer concesiones sobre el respeto de la persona humana y los derechos del hombre que expresan las exigencias mínimas.

28. En una sociedad pluricomunitaria como la sociedad libanesa, el respeto a los derechos humanos condiciona las modalidades de diálogo de las culturas. La interacción de comunidades y de sus respectivas tradiciones exige sin duda compromisos, pero no la aceptación de disposiciones estatutarias o consuetudinarias que vayan contra la dignidad de la persona humana. Fuera de tales casos, completamente excepcionales, difíciles de interpretar, la interacción entre las tradiciones culturales de las comunidades

comporta ventajas. La primera es la comparación de culturas presentes que le permite al sujeto discernir, dentro de cada una de las culturas, lo que es bueno o malo, más próximo o más alejado de las exigencias de los derechos humanos. La segunda ventaja complementa la primera: la comparación de las culturas impulsa a cada una de ellas a aclarar y desarrollar los valores universales que lleva en potencia dentro sí.

29. Es obvio que el respeto a los derechos humanos no concierne únicamente a la sociedad civil; se impone también a la suprema instancia, al Estado. Sin embargo, no es mi papel señalar las violaciones de los derechos humanos que pueden producirse, aquí como allí, bajo la máscara de la razón de estado. Por el contrario, la universidad, sus profesores, sus estudiantes, pueden tener un papel que jugar. En el seno de sus instituciones, en el entorno nacional y regional que le es propio, dentro de las organizaciones internacionales de las que es miembro (la Asociación de Universidades Árabes, la Asociación de Universidades Francófonas, la Federación de Universidades Católicas), la Universidad Saint-Joseph debe, de hecho, ser testigo privilegiado de una convivencia intercomunitaria y de un diálogo entre las culturas, regulados por los valores universales inherentes a los derechos humanos.

Relación con el absoluto

30. Los principios reguladores enunciados en la Declaración de los Derechos Humanos constituyen el marco de referencia necesario para todo diálogo entre culturas que se desee coherente y fecundo. Conforme a esta vara de medir se juzgan los valores vehiculos para las culturas dialogantes. Pero dentro de una coyuntura intercultural que implica diferencias religiosas, el diálogo entre culturas tiende naturalmente a prolongarse en un diálogo de religiones, donde el marco de referencia supera el de los derechos humanos, sin por eso dispensarlos. No se trata aquí de tradiciones culturales surgidas de las diferentes religiones, se trata de las creencias que les son inherentes. El diálogo no consiste por eso en una confrontación de doctrinas y dogmas. Se sitúa al nivel de la experiencia fundante que está en la raíz del hecho religioso en general. Esta experiencia radical es el terreno sobre el que se puede y se debe inscribir el diálogo entre religiones.

31. Juan Pablo II lo evoca, en términos transparentes, en su encíclica "la fe y la razón":

"Una simple mirada sobre la historia antigua escrita, muestra (...) claramente que en diferentes partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes nacen al mismo tiempo las cuestiones de fondo que

caracterizan el recorrido de la existencia humana. ¿Quién soy, de dónde vengo, y a dónde voy? ¿Por qué existe el mal? ¿Qué habrá después de esta vida? Estos interrogantes están presentes en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen igualmente en los Vedas, así como en el Avesta, los encontramos en los escritos de Confucio y de Lao Tse, al igual que en la predicación de Tirthankaras y de Buda; nuevamente se los puede reconocer en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y de Sófocles, igual que en los tratados de Platón y de Aristóteles. Estas preguntas tienen una fuente común: la búsqueda de sentido que, desde siempre, está presente en el corazón del hombre, porque de la respuesta a estas preguntas depende la orientación a imprimir a la existencia".

32. La referencia a los filósofos (Platón y Aristóteles en este caso) señala implícitamente que esta búsqueda de sentido, que moviliza las fuerzas espirituales y afectivas del hombre, se arraiga en la propia razón, como su última exigencia. El hombre es un ser finito, pero su razón postula el infinito; el hombre es el único ser que sabe que va a morir, pero que se comporta como si fuera inmortal; el hombre es la única criatura capaz de decir no al aparente sinsentido de una vida que se encamina hacia la muerte y que busca desesperadamente un sentido a esta contradicción. Por tanto, es por un movimiento natural de su razón por lo que exige un más allá de la muerte, cree en un orden trascendente, postula una autoridad y justicia infinitamente superiores a las que conoce sobre esta tierra.

33. El diálogo de las religiones, en base a la experiencia arquetípica que les sirve de fundamento, supone el respeto absoluto y, en la medida posible, la comprensión benévola del progreso personal del creyente cualquiera que sea su profesión de fe. Dentro de esta perspectiva hay que interpretar la disposición del artículo IV de la Carta de la Universidad Saint-Joseph:

"La promoción humana que concibe no se limita a la adquisición de una cultura y al dominio de una técnica; está abierta a cuestiones fundamentales que se le plantean a la conciencia de todo hombre; esta apertura es el camino habitual hacia el reconocimiento de un Dios, trascendiendo todos los valores humanos, que da a la vida su plenitud de sentido y garantiza la libertad humana contra toda opresión (...). Esta perspectiva requiere de todos los que participan en la vida de la universidad compromiso de promover un espíritu de libertad personal y de apertura a la vida espiritual"

34. Comprometido en el terreno de las "cuestiones fundamentales que se le plantean a la conciencia del hombre", el diálogo entre religiones se desarrolla a través de la exposición, por parte de los compañeros, de respuestas que sus respectivas religiones aportan a estas preguntas. Sucede entonces aquí lo que pasaba en el

diálogo entre culturas. La comparación diferencial de dos discursos permite a cada compañero apreciar, con toda libertad, el grado de pertinencia de cada uno de los dos tipos de respuesta en discusión y de extraer conclusiones relativas a la orientación de su vida personal. Dentro de este espíritu, varias instituciones de la Universidad Saint-Joseph, especializadas en el estudio del fenómeno religioso, buscan promover, mediante la enseñanza y la investigación, el diálogo islámico-cristiano.

35. El diálogo interreligioso es, por otra parte, una de las principales orientaciones que la Compañía de Jesús ha hecho propia para su tarea diaria, como la presencia dialogante en el mundo de la cultura, de las culturas, y el compromiso hacia una sociedad más justa. Me siento, por tanto, feliz de animar aquí, de una forma aún más especial, a la Universidad a hacer sitio plenamente a este dominio del diálogo entre religiones dentro de su propia misión. Este diálogo, que no se limita, por otra parte, a su forma doctrinal, sino que incluye el diálogo de la vida y del encuentro cotidiano, los compromisos en común y el intercambio de experiencias espirituales, es de una naturaleza tal que busca desarrollar el sentido de la libertad religiosa cuyo carácter primordial marca la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II:

36. "Entre los derechos fundamentales, dice el texto, está también el de la libertad religiosa. Nadie puede ser sometido a presiones, ya por parte de individuos, grupos o poderes sociales, ni ser perseguido o marginado de la vida social debido a sus opiniones, ni impedido de llevar su propia vida espiritual y cultural, de suerte tal que en materia religiosa, nadie sea forzado a actuar contra su conciencia, ni impedido de actuar, dentro de límites justos, según su conciencia, tanto en privado como en público, solo o en asociación con otros".

37. Deliberadamente, he dejado para el final una cuestión que no habrán ustedes dejado de plantearse. Para formularla, tomo prestado el título de un diálogo entre Umberto Eco y el cardenal Carlo Maria Martini, publicado en 1996: "¿En qué creen los que no creen?". Una respuesta breve consiste en decir que éstos no pueden sustraerse al absoluto postulado por la razón natural, sino que le confieren diferentes figuras (la vida, la libertad, la ética) sin conexión con un orden trascendente que, por definición, sobrepasa el entendimiento, es decir, la razón científica. Este ateísmo es el resultado de una larga historia occidental que ha visto cómo se producía un creciente divorcio entre la fe religiosa y la razón científica. De este modo, nos vemos llamados a hacer que aparezca, en nuestra enseñanza, no sólo la compatibilidad, sino también la necesaria complementariedad entre la fe y la razón. Esto es lo que recuerda la Encíclica que he citado anteriormente:

38. "La relación actual entre la fe y la razón exige un atento esfuerzo de discernimiento, ya que la razón y la fe se empobrecen y debilitan mutuamente cuando están enfrentadas. La razón, privada de la aportación de la Revelación ha tomado sendas laterales que amenazan con hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha puesto el acento en el sentimiento y la experiencia, amenazando con dejar de ser una proposición universal. Es ilusorio pensar que la fe, frente a una razón débil, puede tener una mayor fuerza; al contrario, cae en el gran peligro de quedar reducida a un mito o a una superstición. De la misma forma, una razón que ha dejado de tener una fe adulta delante de ella no se ve incitada a interesarse en la novedad y la radicalidad del ser".

Conclusión

39. El cuidado de unir continuamente la competencia a la sabiduría y la competición a la solidaridad; la sujeción a valores universales que emanan de la humanidad del hombre y la apreciación de valores particulares propios de las diferentes culturas; el discernimiento entre figuras dialécticas que jalonan la relación de complementariedad entre la fe y la razón; la disponibilidad a encontrar verdaderamente a los que viven una fe distinta a la propia: tales son las aptitudes y las actitudes que cabe esperar de los jóvenes que tienen a su cargo. De este modo podrán, en un mundo en que aumenta día a día la diferencia entre ricos y pobres, hacer prevalecer los principios de la justicia social; en un mundo en que la técnica mundializada tiende a ahogar la pluralidad de los modos de vida, afirmar el derecho a la diversidad cultural; en un mundo minado por el materialismo y el individualismo, promover los valores convergentes de la razón crítica y de la fe auténtica.

40. A estas disposiciones que les permiten asimilar los progresos de la modernidad y combatir los efectos perversos, los jóvenes libaneses están preparados por su arraigo en tradiciones sólidas, susceptibles de proporcionar garantías para un porvenir fecundo. Los vínculos de la solidaridad familiar y comunitaria están llamados a abrirse al seno de una solidaridad nacional que los engloba; la coexistencia de comunidades es el germen de una convivencia marcada por crecientes relaciones interculturales articuladas alrededor de la compartición de valores universalmente reconocidos; las alianzas religiosas, abstraídas a la especulación política y resucitadas en el terreno de la fe han de poder suministrar este modelo de diálogo islámico-cristiano que tanto necesita el mundo de hoy en día.

41. Me queda por formular un deseo: que el año del 125 aniversario de la Universidad Saint-Joseph sea también el año de la

instauración de una paz justa y definitiva en esta región del mundo, y de recuperación para el Líbano de su plena independencia y su libertad de elección. Para la Universidad, ya comprometida con un vasto movimiento de desarrollo y de reforma, ésta será una nueva etapa para la que debe prepararse desde el momento actual. En un contexto de paz, habrá de redoblar esfuerzos para seguir siendo realmente competitiva, manteniéndose a la cabeza de la modernidad, pero sin sacrificar nada de su tradición humanística y su inspiración cristiana. La reputación de la que goza y los espacios que ha establecido dentro del mundo universitario, más allá de las fronteras de la región en que está implantada, le permiten abordar el porvenir con confianza y esperanza.